

Barragán helado

Miquel Adrià

23 Feb. 10

La casa Barragán ha sido congelada. Francisco Ugarte intervino uno de los espacios más significativos de la arquitectura mexicana envolviendo cada uno de sus objetos con papel de aluminio. La residencia del arquitecto que recibió el premio Pritzker en 1980, ha roto su ensimismamiento ocultando tras una fina capa metálica todos sus objetos, sus recuerdos y obsesiones, los muebles, los libros y las fotografías, los cuadros y las esferas. Y quizá proceda de las esferas doradas -que Luis Barragán instaló obsesivamente en distintos puntos estratégicos de su casa- el efecto que persigue Ugarte con esta instalación conformada por 230 rollos de papel aluminio, que estará hasta el 23 de marzo. Con este recurso del barroco, afín a los juegos y las deformaciones anamórficas, Barragán dejaba intuir la totalidad de un espacio a pesar de fragmentarlo con mamparas, muros y puertas. La lectura completa del envigado del techo -universo y memoria a la vez, que conecta con sus haciendas de infancia- se refleja, deformado, en las bolas metalizadas.

Ahora, otro efecto oculta, bajo reflejos metálicos, la textura, la presencia y la memoria de tantos objetos codificados. En la sala todo son cuadrados: la boca de la chimenea, la mesa de encino, el librero, el cuadro de cuadrados de Joseph Albers, ahora metalizado. El confort del sofá, cálido y absorbente, se rigidiza como el Mago de Oz con su nuevo vestido plateado y el facistol cargado de recuerdos y fotos banales se convierte en un cáliz de plata. Un vago recuerdo del sofá de la Factory warholiana redunda en sus diferencias: si el de Warhol era frívolo y pop, el de Barragán sirve para tensar su morbidez.

En el otro extremo, la segunda sala con la biblioteca, desde donde se accede al estudio por la escalera convertida en icono de la arquitectura mexicana, también se cristalizó. Los libros no son mas que contornos que encriptan conocimientos secretos. La escalera de encino natural, que Barragán pintó de blanco por su cara inferior para provocar esas sombras ambivalentes que la convirtieron en la más liviana de las escaleras famosas de la modernidad, ahora es una quebrada sólida y pesada, de acero inoxidable, de plata o plomo, que manifiesta sus imperfecciones y desniveles que la textura de la madera absorbía.

El ritual se extiende por toda la vivienda, dejando en evidencia aquellos cuartos más triviales, a la vez que se olvida intervenir los elementos más significativos: el ángel dorado, que recoge y dispersa la luz cenital desde una esquina, conserva todavía su luz cálida, y el cuadro dorado de Mathias Goeritz tampoco ha sido alterado. Y se extraña. Se echa en falta la transformación cromática que pudiera producir la alquimia que propone Francisco Ugarte, donde la imagen se enfría y el espacio se hiela. Quizá faltó intervenir los "otros" espacios de la casa Barragán, apropiándose de algún objeto ajeno, envolviendo con papel de aluminio una hoja en el piso de la azotea o una piedra en el jardín. Quizá se delata, con estas ausencias, un discurso huérfano de mayor densidad.

Pero en cualquier caso, la experiencia perceptiva que plantea Ugarte transforma un templo conocido, en otro lugar, donde se intuye la textura de los materiales, se reconoce la presencia de los objetos, se recuerdan los contenidos de las imágenes y los libros ocultos bajo los reflejos metálicos. Y en la frialdad de estos espacios tensados por la membrana envolvente de aluminio, se aprecian las virtudes más abstractas que pudiera ofrecer un paseo virtual o una maqueta a escala real. Despegado de las connotaciones

intimistas, del recuerdo que impregna todos los objetos, en este recorrido arquitectónico se funden todas las influencias vernáculas y modernas, desde los recorridos en planta, en las escaleras empotradas, en el espacio a cielo abierto y en el gran ventanal. Desde el pabellón de L'Esprit Nouveau a la hacienda de Mazamitla. Si, en buen medida, el legado de Barragán fue descubrir cosas que ya estaban ahí, con la metamorfosis de "esas cosas que ya estaban ahí", que propone Ugarte, se reconoce el espacio barraganiano en estado puro.